

A central illustration of a sun with a human face, closed eyes, and a blue lotus flower on its forehead. The sun has yellow and purple rays and is surrounded by a dotted line with yellow teardrop ornaments. The background is a vibrant teal color with scattered yellow dots and pink four-pointed stars. Partial sun illustrations are visible in the corners.

ANABEL GARCÍA

Si mis  
PENSAMIENTOS  
VIESEN LA LUZ,  
OS DEJABA A  
TODOS CIEGOS

*Si mis pensamientos  
viesen la luz,  
os dejaba a todos ciegos*

Anabel García

Esencia/Planeta

© Anabel García, 2021  
© Editorial Planeta, S. A., 2021  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Imagen de la cubierta: Kseniya Parkhimchyk / Shutterstock  
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: marzo de 2021  
ISBN: 978-84-08-23819-5  
Depósito legal: B. 2.494-2021  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Querido destino:  
Si algo no es para mí,  
no seas cabrón  
y no lo pongas en mi camino*

## Capítulo 1



*@Mema\_in\_love  
#Marujaesunabruja  
Si tuvieras un amante,  
¿qué nombre le pondrías en el móvil?*

Las palabras *ON AIR* se encienden al otro lado del estudio, justo enfrente de mis ojos, en letras luminiscentes de color rojo para que hasta un ciego sepa que empieza la emisión del programa.

Chema, metido en su urna de cristal, que no es otra cosa que la cabina de control situada a mi derecha, levanta su dedo pulgar para indicarme que ha comenzado a sonar la tétrica melodía de inicio y, en cuanto esta termina, aprieto los enormes cascos que cubren mis orejas para acercarme al micrófono y empezar a hablar.

—Buenas noches, queridos oyentes de este mundo y del más allá —saludo a mi escaso público poniendo mi voz sensual de locutora—, gracias por estar a este lado de la vida un día más.

Como normalmente no hay llamadas, porque el programa se emite en riguroso directo de cinco a siete de la madrugada y no sirve para otra cosa más que para mantener viva la absurda idea de que la radio nunca duerme, pues Chema pone grabaciones de familiares y amigos haciéndome preguntas, a cuál más idiota.

Nuestro jefe nunca se ha dado cuenta del timo, o eso creemos nosotros, y los pocos oyentes que tenemos son gracias a las chorradas varias que contesto a las falsas llamadas.

Resumiendo: mi trabajo, básicamente, consiste en engañar a diestro y siniestro.

—¡Hola, gran hechicera! Tengo un grave problema y es que en ocasiones veo muertos. —«Vale, tengo que advertir a mi hermana que no se pase con el peloteo y mucho menos con la voz siniestra», me digo al oírla imitando el fatídico tono del niño de *El sexto sentido*—. ¿Crees que me estaré volviendo loca? Es que, cuando me aburro, hablo sobre cualquier cosa con ellos y por las noches hasta tenemos sexo. Mira, ahora mismo hay uno en mi cama que está buenísimo y no sé muy bien qué hacer, ¿crees que sería mejor la postura del misionero o un cunnilingus?

Tengo que retener con todas mis fuerzas la carcajada que amenaza con salir de mi garganta ante la soberana estupidez que acaba de soltar la capulla de Silvia. Miro a Chema de reojo para descubrir que está, literalmente, tirado por los suelos partiéndose de la risa. ¡Los mato!

Y es que, a diferencia de otros programas que cuentan con un elevado presupuesto, el nuestro da para el mísero sueldo de mi compañero y la mitad del mío. Por eso debemos buscarnos la vida entre los dos como podemos, y esto supone que no dispongamos del tiempo suficiente para preparar el programa como es debido, pues si escuchásemos los audios antes de ponerlos, estas cosas no ocurrirían, claro.

Respiro hondo, armándome de paciencia, y contesto:

—Pues, querida amiga —retengo las ganas de aconsejarle que deje al muermo de su marido y la marihuana, pero en el audio no comentaba nada al respecto y destaparía la estafa—, por lo que me comentas, y escuchando tu voz desesperada, podría afirmar que tú no ves muertos. A ti lo que te pasa es que estás *un pelín* —ironizo al enfatizar la palabra— necesitada de un buen revolcón, o, lo que es lo mismo, que estás más caliente que un hierro incandescente. —Chema introduce una música de misterio que no viene a cuento y que me da más ganas de reír aún, ¡esto es un despropósito absoluto!—. Mi sabio consejo es que dejes a los muertos descansar en paz y vayas a buscar un buen ejemplar de carne y hueso. Te aseguro que, si tienes suerte, alcanzarás unos orgasmos espirituales. Gra-

cias por tu llamada, querida amiga, y ya nos contarás qué tal te va en el mundo de los vivos.

En estos casos, me entran ganas de soltar alguna burrada de las mías como broche final, pero, muy a mi pesar, debo contenerme para que no se note demasiado que está todo preparado de antemano.

De pronto, la rechoncha cara de Chema se queda pálida y le hago un gesto elevando los hombros y las manos para que me explique qué sucede. Él coloca la mano junto a su oreja a modo de teléfono imaginario para indicarme que ha entrado una llamada de verdad.

¡Una llamada real!

¡Me pongo hasta nerviosa!

En los tres años que llevamos con el programa, habrán entrado cuatro llamadas a lo sumo, y dos de ellas fueron debidas a una equivocación.

—Buenas noches, señorita bruja —saluda una tímida voz de hombre.

¿«Señorita bruja»?

—Hola, buenas noches, querido oyente —respondo mosqueada, suponiendo que será alguno de mis amigos haciendo el ganso para reírse mañana.

—Tengo que decir que nunca antes había hecho esto, pero ya no aguantaba más y he de confesar que cada noche me masturbo al oír su voz —suelta el muy degenerado.

Chema, con su pelo trigueño rizado, sus ojos castaños y sus más de cien kilos, me observa a caballo entre la incredulidad y la carcajada.

Le hago una señal para que corte la llamada, pero no me hace ni caso, pues se lo está pasando en grande y quiere saber qué respondo.

Nota mental: «Degollarlo al terminar».

—¿Cómo se llama, caballero? —Cierro los ojos para tratar de que mi voz no parezca la de una asesina en serie oliendo sangre.

—Carlos —contesta—, pero tú puedes llamarme Don Pimpón.

Aguanto mis ganas de soltarle un «Don Pimpón, te voy a dar un hostión en tu santísimo cojón», para añadir:

—Pues, Carlos, me halaga que mi voz te parezca tan sugerente, pero te aseguro que no te resultaría tan atractiva cuando me cabreo. —Mi tono denota que no falta demasiado para ello.

—¡Oh! Eso me encantaría —jadea.

—¡¿El qué?!

—Enfadarte —gime—, ¡oh, sí, y que me azotaras! Sigue hablando, por favor —suplica desesperado.

—¡Me cago en el puto Don Pimpón! —rujo fuera de mí—. ¡Esto no es una maldita línea erótica! ¡Corta la llamada, Chema! —le pido a mi compañero roja de ira, que esta vez sí que me hace caso, no sin emitir sonoras risotadas.

Como no podemos comunicarnos uno con el otro en directo, lo amenazo con una señal del dedo cruzando mi cuello imitando un cuchillo: «Como te sigas riendo, te voy a rebanar el pescuezo». Él me lanza un beso.

Enseguida introduce una grabación en la que algún amigo suyo me pregunta cómo le va a ir en el amor y yo, mientras pongo las cartas del tarot sobre la mesa con gran ceremonia, porque hoy en día se graban los programas de radio para luego subirlos a su canal de YouTube, le respondo que pronto encontrará al amor de su vida. Y ya de paso me tranquilizo.

De repente, Chema levanta el puño en señal de victoria con una enorme sonrisa triunfal para indicarme que hay otra llamada.

Como sea el pajillero, me lo cargo.

—Buenas noches, querido oyente —saludo algo reticente.

—¿Hola? ¿Maruja? —pregunta una voz masculina con acento andaluz.

—No, creo que se ha equivocado, no soy Maruja —contesto con toda mi santa paciencia.

—¿Cómo que no eres Maruja?

—Que no, que...

—Mira, Maruja —me interrumpe en un tono grosero—, soy Pedro, por si ya no me recuerdas, que tú eres muy de eso. Quiero que sepas que estoy harto de que siempre hagas lo mismo; aunque

esta vez no creas que te vas a salir con la tuya, por mucho que cambies de número, porque me debes la luz y el agua del año pasado y me lo tienes que pagar. —Habla tan rápido que no me da tiempo a rebatirle.

—Caballero, está usted llamando a un programa de radio que se emite en directo y ahora mismo lo está escuchando mucha gente. Yo no soy Maruja, pero espero que tenga suerte, la encuentre y le pague la luz —trato de despedirme de un modo lo más gracioso posible.

—¿Qué dices de una radio, muchacha? ¡Cada día estás peor, ¿eh?! —protesta con todo su arte—. Oye, Maruja, que digo yo que, si no te dio reparo engañarme con mi mejor amigo, tampoco tendrás inconveniente en venir a casa para pagar lo que me debes y, ya de paso, echar el polvo de despedida, que es lo que hacen todas las parejas antes de separarse, ¿no? Que ni eso me has dado, coño.

—Perdona, pero de verdad que no soy Maruja —insisto a punto de morirme de risa por su deprimente discurso.

—Ya sé que no eres Maruja, ¡porque la Maruja de la que me enamoré no es una zorra sin sentimientos que juega con mi corazón como tú! —exclama.

—¡Chema, corta! —grito frenética al ver que esto se pone tenso.

Mi compañero está al borde del ataque de risa y yo dispuesta a matarlo. No tarda en entrar otra llamada y me hace un gesto para que responda. Parece que la noche se ha animado. Si lo llego a saber, me preparo una copa para tomármela con otro espíritu.

—Hola, buenas noches —saluda una voz femenina.

—Buenas noches, querida oyente, ¿en qué puedo ayudarla?

—Mire, señora —«uy, señora, dice»—, soy Maruja y llamo para que se entere el capullo de mi ex de que no pienso pagarle ni un maldito euro, y que dé gracias a que no le prendo fuego a su coche, porque se lo tiene más que merecido por acostarse con mi prima Lidia, ¡él me fue infiel primero!, y por eso yo me vengué tirándome al Johnny. Y, además, con lo mal que folla, ¡¡que se olvide del polvo de despedida!!

¡Ay, Dios! Me cubro el rostro con ambas manos para después dejarlas caer sobre la mesa.

—Perdona, pero es que esto es un programa de radio dedicado a aconsejar a las personas sobre su futuro y no a reclamar facturas o a echar en cara infidelidades. —Trato de parecer serena, a pesar de estar al borde del colapso neuronal.

—Ya, bonita, pero es que no iba a permitir que ese desgraciado me dejase de morosa e infiel delante de toda España, ¡cuando él fue el culpable de todo! —insiste Maruja enojada.

Delante de toda España, sí.

—Te entiendo, Maruja —respondo hastiada—, espero que se solucione el malentendido, de verdad, y te deseo mucha suerte también a ti... ¡Chema!

Hago un gesto a mi amigo con los dedos para que corte de una maldita vez y Maruja desaparezca de mi vida para siempre. Pero él se monda de la risa.

¡¿Otra llamada?!

—Buenas noches —saludo.

—¡Hola! Soy el Johnny.

—¡Oh, joder, el que faltaba! —se me escapa mientras me pongo las manos sobre la cabeza.

—Mira, Maruja, lo último que yo pensaba es que se fuera a romper mi amistad con el Pedro por un simple ataque de cuernos. Me prometiste que lo tuyo era amor verdadero y ahora vienes con que para ti solo fui un desahogo por despecho, ¡y encima delante de toda España! El Pedro tiene razón, no tienes corazón —solloza el muchacho.

Ante tanto drama, mi cerebro piensa en lo más importante de todo esto: «¿Se podría considerar España a las pocas personas que nos estén escuchando?».

—A ver, Johnny, que yo no soy Maruja —resoplo al cabo de un rato.

—¿Y quién eres? Si acabo de oír a Maruja —protesta—. Dile que se ponga.

Suelto un bufido seguido por una risa.

—Esto es un programa de radio que normalmente se dedica a echar las cartas del tarot y a adivinar el futuro, pero esta noche, por lo visto, se ha convertido en un emocionante culebrón sobre

cuernos y facturas de la luz impagadas —me rindo a las circunstancias.

—Vaya, pues perdóname, pensaba que eras Maruja, la mujer de hielo que me ha utilizado para dar celos a su novio —suena muy triste.

—A ver, Johnny, que no es eso —trato de calmarlo, dejándome llevar por mi instinto de celestina—. Yo creo que a Maruja lo que le pasa es que está un poco liada con todo este asunto. En un principio lo hizo como venganza, por celos hacia su prima Lidia, pero después se ha enamorado de ti y por eso ha dejado a Pedro.

—¿Tú crees? —pregunta el joven emocionado—. Si eres una pitonisa de esas famosas, tiene que ser verdad lo que dices, ¿no?

—Sí, sí, te lo puedo asegurar —certifico.

—¡No jodas! Pero entonces ¡¿esta es una de esas líneas que cuestan tan caras?!

La llamada se corta de repente y yo estallo en un ataque de risa. Joder.

Chema levanta el pulgar para indicarme que hay otra llamada. ¡¡¡Noooo!!!

—¿Y ahora quién es?, ¿Lidia? —bromeo en alto, olvidando que estoy en directo.

—No, señorita bruja, soy Don Pimpón. Es que antes me has dejado a medias con la paja y, con tanta llamada, me daba comunicando, así que se me ha bajado el calentón y tendremos que empezar de cero. Me gustaría pedirte a ver si podrías hablarme un poco más para terminar, pero así, con el tono de enfado de antes, que me gusta mucho más —gime la voz masculina.

Se me borra la sonrisa de un plumazo. Me levanto de mi sitio y miro hacia la cabina acristalada con los ojos inyectados en sangre. Esto debe de ser una broma que me están gastando mis amigos, ¡no puede ser real!

—Chema, apunta ahora mismo el número de teléfono del tal Carlos este, Don Pimpón o como coño se llame, ¡que le voy a echar un maleficio para que no se le vuelva a levantar el *pimpón* en su puta vida! —lo maldigo enervada.

—¡Será zorra! —grita el susodicho.

Se cuelga la llamada y entra la siguiente que estaba en espera.  
¡No doy crédito!

—Buenas noches —saludo casi gritando mientras tomo asiento.

—Buenas, señorita hechicera, que soy la Lidia... Llamaba para ver si les puedes echar un par de maleficios de esos del Don Pimpón al Pedro y al Johnny para que se alejen de mi prima Maruja porque soy yo la única que está realmente enamorada de ella y aprovecho este espacio para declararle mi amor. ¡Sí, mamá, soy lesbiana, supéralo! ¡Ah! Y saludo a la Jenny y a la Vane, que me estarán viendo..., digo, oyendo.

Ya no aguanto más y vuelvo a estallar de la risa. Me estoy volviendo loca.

—¿Dónde está la cámara? —pregunto riendo a pleno pulmón, con lágrimas en los ojos.

—¡Ah! Y ya de paso, otro maleficio para mi vecina, que me mira mal —añade.

—¡Por supuesto, Lidia, marchando un par de maleficios y el tercero de regalo! —suelto tomándomelo a guasa.

Cuando me dispongo a perder los papeles, Chema me indica de nuevo que tenemos otra consulta. No sé si reír o llorar. Coloco los pies cruzados a la altura de los tobillos sobre la mesa y me recuesto en el respaldo de la silla como si estuviese en mi casa. Si esto es una broma y se está grabando, al menos que no quede de panoli.

—¿Sí? ¿Quién es? —saludo en plan cachondeo.

—Hola, buenas noches —responde una voz muy varonil en un tono seco y cortante con acento extranjero, no sabría decir de dónde.

La cara de Chema es todo un poema, creo que ambos reconocemos a nuestro jefe al instante, o al menos la voz se le parece mucho. Nos quedamos los dos blancos sin dejar de mirarnos.

—Buenas noches, querido oyente, ¿en qué puedo ayudarlo? —contesto poniendo mi voz sensual de siempre, recobrando la compostura y sentándome como es debido, aguardando el chaparrón en forma de despido en directo.

—Llamo para que me aconseje sobre la inversión de mi vida —me informa.

—¿Qué?

Pues no va a ser mi jefe.

¿O será él tomándose el pelo también? No creo.

—Tengo un dilema, y es que no sé si invertir en una empresa o en otra, pues mis asesores están divididos al respecto y me gustaría que usted me orientase, porque, si me arruino, miles de personas irían a la calle —me explica.

¡Ostras! Esto no puede estar sucediendo de verdad.

—A ver, yo podría aconsejarle sobre muchas cosas, pero creo que esto debería ponerlo en manos de alguien experto en el mercado de valores, cosa que yo no soy. —No quisiera ser yo quien tuviese tal carga sobre mis hombros.

—Es muy sencillo, solo tiene que decir «A» o «B» —insiste.

Los nervios se apoderan de mí. Es un reto, y yo ante un reto soy como los toros bravos, que les muestras el capote y se lanzan de cabeza.

En un momento así es cuando dudo de si realmente mis visiones, poderes, premoniciones, o llamarlo X, son ciertas o tan solo se trata de pura casualidad, pues toda mi energía se concentra en escoger la segunda opción, la «B».

Pero ¿y si me equivoco? ¿No debería pasar del tema e insistir en que no soy una bróker para que este hombre no despida a tanta gente si meto la pata? Incluso podría fingir que se ha cortado la llamada y librarme de semejante carga.

Pero Carla, una vez más, se deja llevar por sus impulsos y piensa que las consecuencias ya vendrán después.

Saco el péndulo de mi bolsillo al tiempo que acaricio la bola de cristal como si fuesen las pelotas de Chris Hemsworth, así, con gustillo; para que en el vídeo que se está grabando se vea que por lo menos hago algo para adivinar las cosas y no lo hago a lo loco.

—La bola lo tiene claro y el péndulo también... ¡La «B»! —digo en voz alta y clara sin ni siquiera pensarlo.

—Muchas gracias, señorita, La suerte está echada, pronto tendrá noticias mías.

Cuelga.

¡Mierda! Seguro que era mi jefe.